



ANTONY
BEEVOR

LA BATALLA
POR LOS PUENTES

ARNHEM 1944. LA ÚLTIMA VICTORIA

ALEMANA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

CRÍTICA

ANTONY BEEVOR

LA BATALLA
POR LOS PUENTES

Arnhem 1944. La última victoria alemana
en la segunda guerra mundial

Traducción castellana de
Amado Diéguez Rodríguez

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2018

La batalla por los puentes. Arnhem 1944. La última victoria alemana en la segunda guerra mundial
Antony Beevor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Arnhem. The battle for the bridges, 1944*

© Ocito, 2018

Cartografía de Jeff Edwards

La ilustración del puente de Arnhem de la p. 204 es de Michael White, de John Waddy, *A Tour of the Arnhem Battlefields*, Barnsley, 2011

© de la traducción, Amado Diéguez, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-018-5
Depósito legal: B. 13928 - 2018
2018. Impreso y encuadernado en España por Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

1

Empieza la persecución

El domingo 27 de agosto de 1944 hizo un perfecto día de verano en Normandía. Al sudoeste de Évreux, en un prado de la localidad de Saint-Symphorien-les-Bruyères, se escuchaban los rumores soporíferos de un partido de críquet. En el peral de al lado, en calma, con el motor apagado, se encontraban los carros Sherman del Regimiento *Sherwood Rangers* de la Caballería Voluntaria,* revisados y reequipados tras los combates de la bolsa de Falaise, que habían puesto fin a la batalla por Normandía. Algunos soldados de la unidad se habían traído de Inglaterra —en un camión de suministro y sin el permiso de sus superiores— bates, palos, pelotas y espinilleras. «Para que nadie pudiera decir que invadíamos el continente sin el equipo adecuado», escribiría más tarde uno de los soldados que participaban en aquel partido.¹

El regimiento se hallaba en estado de alerta porque en menos de veinticuatro horas debía recibir nuevas órdenes. Llegaron justo después de la comida: había que emprender la marcha en menos de una hora. Al cabo de setenta minutos, los tanques estaban en ruta, en dirección al Sena, que el día anterior había cruzado en Vernon la 43.^a

* *Sherwood Rangers*, es decir «Guardabosques de Sherwood». Estos rangers no tienen nada que ver con los *rangers* norteamericanos, que actuaban prácticamente como comandos, sino con los soldados del regimiento blindado Sherwood del ejército británico. (*N. del t.*)

División de Infantería, *Wessex*, la primera formación británica en hacerlo —los británicos, sin embargo, sentían celos del III Ejército norteamericano del general George C. Patton, que había atravesado el Sena seis días antes—.

El 29 de agosto, los ejércitos aliados, que para entonces contaban con cerca de un millón de hombres en el territorio continental europeo, avanzaban a toda velocidad desde las cabezas de puente del este del Sena en dirección a Bélgica y la frontera alemana. La batalla por Normandía se había saldado con una victoria, y el ejército alemán, sumido en el caos, se batía en retirada. «En las principales rutas de abastecimiento —escribió en su diario un oficial norteamericano— se observan las consecuencias de los ataques de nuestra aviación: un número ingente de camiones ametrallados y bombardeados están volcados y oxidados en las cunetas. Había uno calcinado, pero aún cargado de bidones de gasolina, ahora hinchados como vacas muertas. Y hemos visto bidones, también hinchados, en un tren. Todos los vagones estaban destrozados, ya no eran más que un amasijo de hierros retorcidos».²

Para los regimientos de caballería británicos había empezado la caza. El teniente general Brian Horrocks, comandante del XXX Cuerpo de Ejército, iba asomado a la torreta de un vehículo de mando y no podía por menos de contagiarse del estado de ánimo reinante: «De aquella clase de guerra sí que disfruté —escribiría más tarde—. ¿Quién no habría disfrutado?». Con más de seiscientos tanques —Sherman, Churchill y Cromwell—, la División Acorazada de la Guardia, la 11.^a División Acorazada y la 8.^a Brigada Acorazada se lanzaban a la carga sobre un frente de ochenta kilómetros «abriendo tajos en la retaguardia del enemigo como un agricultor cuando corta con guadaña un campo de maíz».³

Entre el Sena y el Somme, «el terreno era despejado, con suaves lomas, y los campos se perdían en el horizonte; los caminos estaban en buen estado y no había setos».⁴ El peligroso bocage normando, con sus pequeños prados cercados y sus angostos caminos, había quedado definitivamente atrás. Los *Sherwood Rangers* adoptaron su antigua formación, la que habían utilizado en la campaña del Norte de África: un escuadrón de Sherman en vanguardia, la plana mayor del

regimiento justo detrás y los otros dos escuadrones de carros en los flancos. «Avanzar a toda velocidad por aquellos campos sobre un terreno firme y despejado —escribió un oficial—, con aquel tiempo maravilloso y sabiendo además que los alemanes estaban en franca retirada, era cuando menos estimulante. Todos estábamos de un humor excelente. Era casi como tomar parte en una carrera campo a través.»⁵

Las campanas de las iglesias repicaban al aproximarse los británicos. Prácticamente todas las casas estaban adornadas con los colores de la bandera de Francia: rojo, blanco y azul. Los habitantes de la zona, encantados de que se les ahorrara la destrucción sufrida por Normandía, recibían a los soldados con fruta y botellas de vino. Los miembros de la Resistencia, sin afeitarse, con un brazalete, querían subirse a los vehículos de vanguardia para guiar a las tropas. Un oficial del estado mayor de la División Acorazada de la Guardia que iba a bordo de un blindado Staghound comentaría: «Blandían armas muy variopintas con mucho entusiasmo y muy poca seguridad.»⁶

De vez en cuando algún carro se quedaba sin combustible y se detenía en la cuneta. Al poco llegaba un camión de abastecimiento, aparcaba a su lado y los encargados de suministros entregaban las latas necesarias a la dotación del blindado, que había esperado subida al casco. Se producían tiroteos, ocasionales y siempre breves, cuando, rebasado por el avance, algún grupo de alemanes se negaba a rendirse. A la limpieza de esos pequeños núcleos de resistencia los británicos la llamaban «despioje».⁷

La tarde del 30 de agosto, con la impresión de que, pese a todo, el avance no era todo lo rápido que podía ser, el general Horrocks ordenó al general de división Philip *Pip* Roberts que esa noche prosiguiera la marcha con su 11.^a División Acorazada para poder tomar Amiens y sus puentes sobre el Somme antes del amanecer. Aunque los carristas daban cabezadas de agotamiento, la 11.^a Acorazada alcanzó estos puentes. Horas más tarde, con las primeras luces del alba, llegó una brigada de infantería en camiones de tres toneladas y consolidó la captura de la ciudad. Horrocks se les unió al poco tiempo y de inmediato se acercó a ver al general Roberts para felicitarlo. Tras informarle puntualmente de la situación, Roberts añadió: «Tengo

una sorpresa para usted, mi general». ⁸ Detrás de él aparecieron unos soldados llevando a un oficial alemán que vestía el uniforme negro de las tropas panzer, iba sin afeitar y tenía en la nariz la cicatriz que le había dejado una herida recibida en la primera guerra mundial. Roberts, advirtió Horrocks, «parecía un granjero presumiendo de toro». ⁹ El trofeo que Pip Roberts exhibía con tanto orgullo era el *General der Panzertruppe* Heinrich Eberbach, comandante del VII Ejército alemán. La llegada de los británicos lo había sorprendido en la cama.

Al día siguiente, 1 de septiembre, se cumplía el quinto aniversario de la invasión de Polonia, que había dado comienzo a la guerra en Europa. Por una curiosa coincidencia, aquel día los dos comandantes de los grupos de ejércitos aliados que habían intervenido en la campaña de Normandía tenían previsto hacerse sendos retratos en sus cuarteles generales. Regodeándose en el aura victoriosa adquirida tras el triunfal avance del general Patton en el Sena, el general Omar N. Bradley posaba para Cathleen Mann, esposa del marqués de Queensberry. Hacía calor, pero el militar y su retratista disfrutaban de unas bebidas frías. Hacía poco que el comandante supremo, el general Dwight D. Eisenhower, había mandado a Bradley un frigorífico. El aparato había llegado acompañado del siguiente mensaje: «Siempre que he ido a verte, ¡maldita sea!, me has dado un whisky que estaba como el caldo. ¡Ya empezaba a estar harto!». ¹⁰

El mariscal de campo *sir* Bernard L. Montgomery posaba para el retratista escocés James Gunn con su acostumbrado atuendo: pantalones de pana, suéter gris de cuello alto y boina negra con dos insignias. ¹¹ Había instalado su cuartel general táctico y su caravana personal en el jardín del castillo de Dangu, a medio camino entre París y Ruán. Pese a los mensajes de felicitación de aquella mañana por su ascenso al grado de mariscal de campo, estaba de un humor de perros y se negaba a recibir a su anfitrión, el duque de Dangu, y a los miembros de la Resistencia local. Había perdido toda esperanza de iniciar bajo su mando una ofensiva conjunta en dirección al norte de Alemania. Porque, en realidad y pese a su ascenso, Eisenhower lo acaba de relevar de su puesto de comandante en jefe de las fuerzas de tierra

aliadas y Bradley ya no era su subordinado, sino su igual. Desde su punto de vista, además, con su negativa a concentrar las fuerzas, Eisenhower estaba desaprovechando la victoria obtenida en Normandía.

Por su parte, los oficiales de alta graduación estadounidenses se habían tomado bastante mal el ascenso de Montgomery, porque nombrarlo mariscal equivalía a convertirlo en general de cinco estrellas cuando Eisenhower, su superior, era todavía general de cuatro. Ese mismo día, Patton, cuyo III Ejército se encontraba a las puertas de Verdún, al este de Francia, dijo por carta a su mujer: «Ese asunto del ascenso nos pone enfermos; a Bradley y a mí, quiero decir». ¹² Algunos altos oficiales británicos también se mostraban muy críticos con el ascenso de Montgomery. Opinaban que Winston Churchill había cometido un grave error queriendo camuflar, ante el mismo Monty y ante la opinión pública británica, lo que en realidad era más bien una degradación. El almirante *sir* Bertram Ramsay, comandante en jefe de las fuerzas navales aliadas, anotó en su diario: «Monty, mariscal de campo, ¡quién lo iba a decir! Lo lamento mucho más de lo que puedo confesar. Me imagino que el primer ministro ha tomado la decisión sin consultar con nadie. Una soberana estupidez y, sin duda, una ofensa para Eisenhower y los estadounidenses». ¹³

Al día siguiente, sábado 2 de septiembre, Patton, Eisenhower y el teniente general Courtney H. Hodges, comandante del I Ejército norteamericano, se reunieron con el general Bradley en el cuartel general del XII Grupo de Ejércitos —y *lady* Queensberry tuvo que guardar la paleta y los pinceles—. Según el ayuda de campo de Bradley, Hodges se presentó «con su uniforme de campaña, tan pulcro y elegante como siempre». Patton, en cambio, optó por un estilo «más llamativo, con botonadura de cobre y un automóvil muy ostentoso». Tenían que hablar de estrategia y del gran problema: los suministros. La inesperada rapidez del avance aliado excedía, por grande que esta fuese, la capacidad de la flota de transporte del ejército norteamericano. Con su habitual ímpetu, Patton le dijo a Bradley: «Dame cuatrocientos mil bidones de gasolina y en dos días te planto en Alemania». ¹⁴

Bradley compartía la impaciencia de Patton. Tenía tan vivos deseos de que todos los aviones disponibles abastecieran al III Ejército que

se negó tajantemente a cualquier operación paracaidista del tipo que fuera, aunque pudiese acelerar el avance. Patton, por su parte, pretendía atravesar la Línea Sigfrido como si le hubieran puesto «un petardo en el culo».¹⁵ En realidad, ya había empezado a sobornar a los pilotos de transporte con cajas de champán adquiridas en los saqueos. Pero ni esa ni ninguna otra estratagema le sirvieron de nada. Eisenhower seguía sin ceder y Montgomery insistía machaconamente en todo lo contrario: quería dirigir el grueso del ataque hacia el norte y exigía para ello la mayor parte de los suministros.

Por el bien de la diplomacia aliada, el comandante supremo debía compensar las peticiones contrarias de los dos grupos de ejércitos siempre que fuera posible. Ese fue el motivo de que adoptara la «estrategia de frente amplio», aunque con ella no dejase satisfechos ni a Bradley ni a Montgomery.* Su jefe de estado mayor, el teniente general Walter Bedell Smith, comentaría después de la guerra las dificultades del trato con los dos comandantes. «Resulta sorprendente —dijo— hasta qué punto un buen general se puede echar a perder en cuanto se hace con un público al que se siente en la obligación de ser fiel. Se convierte entonces en una auténtica *prima donna*». Hasta Bradley, en apariencia tan humilde, tenía un público; lo cual trajo a los aliados «ciertos problemas».¹⁶

Eisenhower, por tanto, no supo dar una solución a las opciones antagónicas que le planteaban Bradley y Montgomery. Además, un accidente vino a empeorar las cosas. Tras dejar el cuartel general del XII Grupo de Ejércitos cerca de Chartres, el comandante supremo volvió a Granville, el pueblo de la costa atlántica de Normandía donde había establecido su puesto de mando general. En realidad, escoger un lugar tan alejado cuando el frente se desplazaba a tanta velocidad había sido un grave error. Como Bradley le había dicho, para

* El OKW (Oberkommando der Wehrmacht, «Alto Mando de las Fuerzas Armadas» [de Alemania]) recibió con alivio la estrategia de frente amplio de Eisenhower. «En virtud de las concepciones alemanas —escribió un oficial de estado mayor—, nos parecía un misterio que el enemigo no concentrase todas sus tropas en un punto para forzar la ruptura [...] En vez de eso, nos hizo el favor de distribuir sus fuerzas en abanico por todo el frente.» (Forrest C. Pogue, entrevista a Walter Bedell Smith, 13 de mayo de 1947, OCMH WWII Interviews, USAMHI.)

poder contar con un sistema de comunicaciones más fluido, habría sido mucho mejor permanecer en Londres. La misma tarde del 2 de septiembre, cuando ya quedaba poco para llegar a Granville, su avioneta tuvo un problema de motor y el piloto efectuó un aterrizaje forzoso en la playa. El general, que se había lesionado una rodilla en otra ocasión, se destrozó entonces la otra por querer ayudar a dar la vuelta a la avioneta en la arena. Le escayolaron la pierna y tuvo que quedarse en cama justo cuando había prevista una reunión entre Bradley y Montgomery. Estuvo postrado una semana entera. Una semana que resultaría crucial.

La misma tarde del 2 de septiembre, el teniente general Horrocks se presentó en el cuartel general de la División Acorazada de la Guardia en Douai. Le incomodaba tener que ralentizar el avance de sus tropas para permitir una operación aerotransportada en Tournai. Finalmente esa acción no se llevó a cabo a causa del mal tiempo, y porque el XIX Cuerpo de Ejército norteamericano ya había alcanzado las zonas previstas de lanzamiento. Esa tarde, no sin histrionismo, Horrocks anunció a los oficiales de la Guardia que el objetivo del día siguiente era Bruselas, a unos ciento diez kilómetros de Douai. Un rumor de asombro y aprobación recorrió la sala. Horrocks dio también órdenes de que la 11.^a División Acorazada del general Roberts avanzara directamente hacia el gran puerto de Amberes, una acción enmarcada en la llamada operación Sabot.

El regimiento de la Guardia Galesa avanzó en segundo lugar precedido de los vehículos blindados del 2.º Regimiento de Caballería de la Guardia a la derecha y de una agrupación de Guardias Granaderos a la izquierda. Reinaba entre los soldados un «indisimulado espíritu competitivo». «Aquel día nada podría detenernos», recordaría un oficial. Hubo apuestas sobre quién se presentaría primero en Bruselas, y a las seis de la mañana, cuando ambos contingentes emprendieron la marcha, alguien oyó la voz del crupier al girar la ruleta: «*Les jeux sont faits. Rien ne va plus!*».¹⁷ La Guardia Irlandesa se quedó atrás como reserva y partió unas horas más tarde. «Ha sido el mayor avance de la guerra, ciento treinta kilómetros en trece horas», anotó

un guardia del 2.º Batallón (Acorazado) en el diario de guerra de la unidad.¹⁸ Pero hubo otras unidades para las que el veloz avance no resultó tan sencillo: los guardias granaderos perdieron a más de veinte hombres en un enconado enfrentamiento con un grupo de SS.

La inesperada aparición en Bruselas de la División Acorazada de la Guardia la noche del 3 de septiembre a última hora suscitó mayor entusiasmo que la liberación de París. «El mayor problema era la muchedumbre», señaló un oficial del Regimiento de Caballería de la Guardia. Los vehículos tenían que detenerse a cada poco por culpa de los belgas, que se agolpaban eufóricos en las aceras, en hileras de hasta doce en fondo y hacían la «V» de victoria y cantaban *It's a Long Way to Tipperary*. «Otra costumbre universal de los liberados consiste en escribir expresiones de bienvenida en los camiones y vehículos que se van abriendo paso entre la multitud —escribió el mismo oficial—. En cuanto paramos, se nos echan encima, llenan el vehículo de fruta y flores y nos ofrecen vino.» La Caballería de la Guardia y la Guardia Galesa «ganaron la carrera escasamente por una cabeza». Pero hubo «algunos riesgos, porque cada vez que alguien se detenía a preguntar el camino, lo sacaban del coche a tirones y recibía un ruidoso chaparrón de besos... de mujeres y hombres».¹⁹

Los alemanes, que conservaban el aeródromo de las afueras de la capital, «dispararon cinco andanadas de alto explosivo» contra los jardines del Palacio Real, donde, en tiendas de campaña, el general de división Allan Adair había instalado su puesto de mando. Por su parte, los británicos sacaron provecho de la colaboración del Armée Blanche de la resistencia belga, que resultó «de gran ayuda para localizar a los muchos alemanes aislados y extraviados que intentaban huir».²⁰ Cuando no estaban dando besos a sus libertadores, los civiles se dedicaban a abuchear y patear a todo prisionero alemán que encontraban.

Muchos soldados británicos observaron con perplejidad el contraste con Normandía, donde, por la destrucción de pueblos y ciudades, el recibimiento había sido muchas veces tibio. «Los belgas vestían mejor —escribió un oficial—, con mejores ropas, y todos iban limpios y parecían sanos, mientras que los franceses llevaban atuendos baratos y tenía la impresión de que todos estaban cansados.»²¹

Pero comparar a normandos y bruselenses era llamarse a engaño. En realidad, el ejército de ocupación alemán en Bélgica había requisado víveres, carbón y otros recursos, y más de medio millón de belgas habían sido deportados y trabajaban en las fábricas alemanas como mano de obra forzada. Bélgica, sin embargo, se estaba beneficiando de la rapidez del avance aliado, que le ahorraba la destrucción propia de las batallas, el pillaje de última hora y la habitual táctica de tierra quemada de la Wehrmacht. A pesar de ello, en el sudeste del país, los temerarios ataques de la resistencia belga a soldados alemanes en retirada daban lugar a represalias brutales e indiscriminadas —de las unidades de las SS en particular—.

Los alemanes observaban con estupefacción y alarma la rapidez del avance aliado. Un suboficial escribió en su diario: «[Es un] acontecimiento que sobrepasa todo cálculo y expectativa, y ensombrece nuestra *Blitzkrieg* del verano de 1940». ²² El *Oberstleutnant* Fullriede oyó decir a otros oficiales: «El frente occidental se ha derrumbado; el enemigo ha llegado a Bélgica y la frontera alemana. Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia y Finlandia han solicitado la paz. Estamos igual que en 1918». ²³ Otros responsabilizaban de la situación sobre todo a su aliado principal: «Los italianos tienen más culpa que nadie», escribió el *Unteroffizier* Oskar Siegl en una carta a su familia. ²⁴ Muchos creían que la «traición» de Italia era muy semejante a la de Austria en la primera guerra mundial. Algunos reaccionaban a la situación con perplejidad y se compadecían de su suerte: «Nosotros, los alemanes, solo tenemos enemigos. Habría que preguntarse por qué nos odian tanto en todas partes. Las demás naciones no quieren saber nada de nosotros». ²⁵

Los generales aliados también establecían comparaciones con el final de la primera guerra mundial. El optimismo era tal que el cuartel general del XII Grupo de Ejércitos pidió veinticinco toneladas de mapas «para las operaciones en Alemania». ²⁶ El comandante Chester B. Hansen, ayuda de campo de Bradley, diría más tarde: «Todos estábamos emocionados, como adolescentes en vísperas de un baile». ²⁷ Esos días, en el cuartel general de Bradley todos los comentarios terminaban con la coda: «si es que para entonces aún seguimos en guerra». ²⁸

Pero los aliados no habían sabido interpretar correctamente las consecuencias del fallido atentado contra Hitler del coronel Claus Schenk Graf von Stauffenberg del 20 de julio. Para los mandos, el intento de acabar con Hitler marcaba el comienzo de la desintegración del ejército alemán, cuando, en realidad, el fracaso del atentado y la represión posterior anunciaban todo lo contrario. Porque a partir de ese momento el Partido Nazi y las SS asumieron el control absoluto, y el estado mayor y todas las formaciones del Ejército estuvieron obligadas a combatir hasta el último estertor del Führer.

La mañana del 3 de septiembre, mientras las puntas de lanza de los aliados avanzaban hacia Amberes, Bruselas y Maastricht, los generales Bradley y Hodges se dirigieron en avioneta al cuartel general del II Ejército británico para reunirse con el teniente general Miles Dempsey. Tenían la intención de debatir con Montgomery «futuras operaciones en dirección a la cuenca del Ruhr». ²⁹ Aparte de Eisenhower, postrado en cama en Granville por su maltrecha rodilla, también se ausentó de la cita el teniente general Henry Crerar, comandante del I Ejército canadiense, que había insistido en quedarse en Dieppe para participar en un desfile conmemorativo en honor de los compatriotas caídos en la desastrosa incursión anfibia de agosto de 1942. Crerar habría incidido en las dificultades de tomar los puertos del canal de la Mancha y de tener que ocuparse del XV Ejército alemán, que se había retirado del Paso de Calais a una bolsa situada al sudoeste de Amberes, en el estuario del Escalda. El puerto de Amberes era también de vital importancia para avanzar a través del Rin e internarse en Alemania, pero tanto Montgomery como Bradley estaban obsesionados con imponer sus ideas, que eran totalmente divergentes: el primero quería avanzar al mando de los británicos en dirección norte, el segundo con los norteamericanos en dirección este.

No se redactaron actas oficiales de aquella reunión y por tanto es imposible saberlo, pero Bradley siempre estuvo convencido, como más tarde confesaría, de que Montgomery le malinterpretó deliberadamente. En su opinión, era necesario cancelar las operaciones paracaidistas del día siguiente para tomar los puentes del Mosa en los al-

rededores de Lieja. Y al parecer Montgomery estaba de acuerdo. «Los dos pensábamos —diría luego el mariscal— que era necesario emplear todos los aviones disponibles en labores de transporte para que no decayera el ritmo del avance.»³⁰ Pero lo cierto es que a las cuatro de la tarde de ese mismo día, el mariscal ordenó a su jefe de estado mayor que encargara al I Ejército Aerotransportado Aliado, acantonado en Inglaterra, otra acción mucho más ambiciosa. Ese plan, totalmente nuevo, consistiría en tomar los puentes del Rin «entre Wesel y Arnhem» para que el XXI Grupo de Ejércitos cruzase el río al norte de la cuenca del Ruhr.³¹ Evidentemente, Montgomery había hecho sus cálculos: si el primero en establecer una cabeza de puente al otro lado del Rin era él, Eisenhower se vería en la obligación de cederle el grueso de los suministros y a reforzarlo con varias formaciones norteamericanas.

Fue una lástima que Eisenhower no pudiera asistir a la reunión del 3 de septiembre. Cuando Bradley supo que Montgomery había incumplido lo acordado, montó en cólera. Montgomery se negaba a admitir lo que casi todos los demás altos oficiales británicos habían comprendido ya: el Reino Unido era el socio menor de la alianza porque los norteamericanos aportaban la gran mayoría de las tropas y la mayor parte del material y del combustible. La idea de que el Reino Unido seguía siendo una gran potencia no era más que una fantasía que Churchill intentaba difundir casi a la desesperada, aunque en el fondo supiera que ya no se correspondía con la realidad. En cierta medida, podría defenderse que el origen de ese desastroso cliché que ha sobrevivido incluso hasta nuestros días —que el Reino Unido juega en una liga inferior a la que le corresponde— hay que buscarlo en septiembre de 1944.